

SIGNIFICAR ES REPRESENTAR

Por Néstor Tato

Toda re-presentación es una presentación.
La significación es un acto de representación.

La percepción *llena* la significación pero ésta *la desborda*.
“La conciencia infiere más de lo que percibe” significa que la representación *presenta* más información que la que aporta lo percibido.

La representación se nutre de la percepción pero es, a su vez, una presentación, cuando significa.

La significación es siempre representación.

La representación se forma a partir de lo percibido pero inmediatamente lo reemplaza y las operaciones mentales tienden a continuar con la representación como objeto. Volver a lo percibido implica una intención deliberada, cierto esfuerzo atencional.

Se trata de devolver a la Lógica lo psicológico.

El deslinde entre percepción y representación es la interfase entre lo psicológico y lo lógico, que son dos dominios distintos, con mecanismos distintos de funcionamiento.

Cuando percibo, reconozco y a partir del re-conocimiento funciona la representación.
El objeto está sujeto a contingencias propias de su sistema de pertenencia. Pero su representación queda sujeta a leyes de asociación dependientes de la experiencia del observador.

Buenos Aires, junio 24 de 2016 (tempranito)

Casi al despertar surgió esta cadena de pensamientos, más ordenadamente y alcancé a plasmarla como queda. Sin embargo fue, así como así, cerrar el ciclo de una vida de investigación, y eso, para un desayuno, e una coisa. A los 22 años me propuse alumbrar el puente hacia lo oculto, entre occidente y oriente. Too much para un burguesito creído revolucionario y místico, claro, pero no si uno encuentra en el camino el Guía que tendió ese puente y nos lo ofreció generosamente. Ningún regalo, por cierto, y una especie de juego de claves ocultas. No siento que fuera casualidad la sincronía previa en mi experiencia con la Guía como se estaba desarrollando. El Guía ya estaba obrando y yo seguí su señal como un murciélago hasta topar con Él. No siento tampoco que yo tenga otro mérito que haber puesto empeño y, recién ahora lo descubro, haber sido consecuente con mi propósito. Ni siquiera siento haberlo logrado porque si algo aprendí por experiencia es que yo, no pienso. Las cosas se piensan, nos son dadas. No hago otra cosa que lanzar las preguntas y, si soy persistente, las respuestas llegan. Veamos si puedo estructurar ésta que arriba quedó apuntada en sus ideas centrales.

La pregunta por el significado

A cualquiera que se interese por lo trascendente y creo que en especial a los siloistas, le interesa el tema de los “significados profundos”. Es un punto que aún cuando fue

mencionado tangencialmente y pocas veces, ocupa un lugar central en nuestro horizonte de trabajo. Son una suerte de meta, objetivo o hito a lograr. Una promesa de temas conmovedores.

Siguiendo el hábito vivencial dominante, abrí interrogantes, tal como se suele hacer con cualquier cosa, sobre qué cosa es un significado profundo. Por esa vía, claro está, se abre un abanico infinito de asociaciones posibles porque toda la historia de la espiritualidad humana está llena de íconos, señales o signos que pretenden representar esos significados. Y me embelesé con los sentimientos y emociones que despertaban, y me arrobé dulcemente mecido por las visiones celestiales.

Las veces que oí la mención de los significados profundos fuera de los textos de Silo, me provocó cierto escozor, algo así como asomarme a un vacío... fácil de llenar. Preferí dejar la pregunta abierta.

Hoy siento que más interesante es preguntarse qué cosa es un significado, porque profundo o mundano, el significado no deja de ser significado, algo que va delante de mi mirar, y puesto ese límite conceptual, ese tope para la mirada, la significación se tiende como un puente firme para mis "pies" mentales... sólo que a diferencia de los puentes materiales su suelo no se presenta linealmente hacia adelante, anticipándose a mi pisada. Por lo contrario, cada nuevo adoquín aparece al disiparse con mi pisada la niebla de mi visión, y eso, puede suceder en cualquier dirección si se toma los parámetros externos. Pero siempre es desde aquí hacia adelante.

La mirada como vehículo

Como lo mental es paradójal, el hacia-adelante puede —y frecuentemente resulta— aparecerse hacia-atrás. En lo interno las referencias no están dadas en el paisaje sino en el punto de mira. Si el punto de mira es sólo eso. Porque mientras haya qué proyectar no soy más que un punto de vista. De modo que la clave está en la mirada.

Mientras se mantenga interna, voy bien. Esto es, mientras perciba mi límite corporal. Si no, cuando veo algo, me confundo. Las figuras mundanas son engañosas a la hora de la revelación. Que no es nada tan extraordinario. Simplemente, se trata de desprenderse de la fascinación mundana. Correrse del creer para asentarse en el mirar.

"En todo verdadero sabio he visto un niño que corretea en el mundo de las ideas y de las cosas, que crea generosas y brillantes burbujas que él mismo hace estallar". Esa fascinación por la burbuja propia es lo que nos empuja hacia el futuro. La burbuja es la creencia que nos da dirección y el futuro puede "aparecerse" por cualquier lado y siempre será hacia delante.

La creencia es la vivencia de certeza que tengo en y por mi mirada. Cuando dudo, cuando temo, se cruzan miradas posibles que alteran esa vivencia, que no permiten que la mirada actúe con su tracción temporal. Y aquí me dejan.

La mirada es el vehículo que me transporta hacia el futuro. Puedo dejarme fascinar por el paisaje y ya se sabe el resultado. Pero también puedo atender al mirar, observar la dirección que presenta el paisaje, registrar el movimiento y la disponibilidad atencional, en fin, puedo sentarme en el mirar y dirigirlo, testeando la buena ley de los paisajes que me propone. Puedo hacer estallar la burbuja o llevarla al punto de estallar, sabiendo que después quedo yo, mi mirar, y que rápidamente comenzará a generarse otra burbuja porque en la desolación de la frustración no hay movimiento posible. Y la vida pide fluir. Y para fluir necesito un paisaje que me dirija. A menos que tenga un propósito.

El bioma mental

Nuestra vida, la vida, mi vida transcurre entre dos dominios: el material o natural, y el cultural o humano. Bonita separación teórica que en la vivencia se funden y confunden en aquella (más bien, esta) parte tan íntima del mundo. Tanto íntima para el mundo como para mí, porque mi cuerpo -que a él me refiero- es la intimidad del mundo, del “en sí” de las cosas en su espontánea manifestación, y de esa manifestación participa mi experiencia. Porque en la intimidad que encierra mi cuerpo confluyamos tanto el mundo como yo. Es el punto de coalescencia cuando yo me concreto en mundo y el mundo se licúa para fluir en mi temporalidad. Y es “cuando” y no “donde” porque en esa intimidad mi cuerpo no está sino que es el continente de lo que soy, de lo que el mundo es al convertirse en fluido vital.

Pero es la naturaleza la que prima espontáneamente y el cuerpo pesa, actúa gravitatoriamente sobre el medio. De manera ambivalente, así como atrae es atraído; así como demanda mundo, es demandado. El peso de la empatía que domina la intersubjetividad, ese medio invisible donde transcurre nuestra existencia, está dominado por el cuerpo. Es todo un paso en el desarrollo personal, llegar a independizarse de la gética ajena para poder captar, para poder sentir eso humano que está allí, más allá de su cuerpo, como yo, lo humano que hay en este cuerpo, estoy más acá del mío.

Ese dominio tan difícil de captar que es el encuentro, que también, más que donde es un cuando las miradas se ¿qué? En una fusión instantánea, que dejan para volver a ser cada una pero ya no más la misma, sin comprender muy claramente cómo se produjo, cómo yo me introduje allí y esa presencia humana aquí, reconociéndonos, palpándonos en ese momento cuando nos vivimos como uno y al mismo tiempo, dos iguales.

Y después, la nostalgia que trae el desencuentro, la separación del fluir que me lleva a ver esa presencia humana devuelta a su dimensión corporal, natural, describable en términos perceptuales, cosificable desde lo más sutil hasta lo utilitario.

Se presenta entonces la misma separación que vivimos con las cosas: la diferencia entre los dominios se hace patente una vez más. Allí queda lo natural, aquí, lo humano. Pero disminuido, reducido a una creencia, a una idea. Yo mismo quedo desvitalizado, desensibilizado, pauperizado. Yo mismo me reduzco a una cosa si pierdo la sensación del fluir, de la calidez vital. Y si la mantengo, puedo reconocerla en otras presencias. No solo humanas.

Una vez más: si me detengo en el paisaje, me pierdo, pierdo mi humanidad y sólo puedo creer en cosas. Si me apoyo en el mirar, me humanizo, me corro del juzgar blanco o negro, duro o blando, flujo y lo demás, también.

Desde el mirar resalta lo que interesa, lo que está entre, lo que está en medio. Allí lo diverso se libera de la uniformidad que puedo imponer con mis proyecciones; allí lo dinámico se libera de las figuras que habitan en mí y me devuelven a la vida. Allí se activa la vida.

Los biomas son las franjas donde las regiones fronterizas de los ecosistemas mezclan las características de unos y otros, favoreciendo el surgimiento de la vida y de sus distintas figuras. Es la zona de fricción de las diferencias.

Así, hay un bioma mental, una región de la mirada donde se recrea lo posible, haciéndole lugar a la vida en el futuro.

O, en términos más cercanos al tema central, en esa región los significados pueden cobrar vida.

Inmediatamente se disparan preguntas: ¿cómo? ¿los significados y la vida? ¿y lo profundo de los significados? que es lo que interesa. Acaso, todo lo dicho ¿no tiene que ver con el mundo?

Lo terreno y lo eterno

Parece que no podemos despegar de la orilla material para adentrarnos en la nebulosa originaria.

Lo terreno ha gozado siempre de mala prensa para los espiritualistas y lo eterno ha sido siempre la meta de toda aspiración. Por supuesto, lo Sagrado (así, con mayúscula) y lo Eterno (así, también con mayúscula) se confunden en la estrecha franja imaginaria de la multiplicadora y diversificante alegórica espiritualista. El mundo del espíritu se recrea a sí mismo de generación en generación pese a los embates de un siglo (ya fenecido) materialista y cientificista, visiones que habitualmente... se venden.

Lo Sagrado y lo Eterno están siempre "allí", son las utopías permanentes que ofrecen alojamiento a las acuciantes necesidades de compensar las vicisitudes, sinsabores, acritudes y crueldades de este mundo terrenal.

Paradójicamente, lo terreno también está permanentemente aquí, alimentando la fantasía de los que necesitan compensar imaginariamente y también, el apetito... de todos. Porque lo que manda es el cuerpo, sea su habitante materialista o espiritualista.

Pero, como sea, lo verificable es que uno y otro (o Uno y otro, según el gusto del lector y para que pueda adjudicar el Uno a su preferencia) "están ahí". Afuera, no se sabe dónde. Porque ni siquiera lo terreno se sabe concretamente dónde está, porque lo terreno no necesariamente es identificado con lo que me rodea, con la zona íntima del medio que me rodea, el que opero cotidianamente y, por eso, *no lo veo*.

De modo que sea lo eterno o lo terreno la preferencia ideológica de mi lector, da igual. Eso, *está más allá de él, afuera*.

Por tanto, quien quiera buscar lo sagrado afuera, tenga por seguro que encontrará lo terreno. ¿Cómo puede suceder tal cosa?

El "rulo simplificado"

Ya hace unos años que expuse que lo real es un bucle: yo soy la mirada del mundo que a través mío se mira a sí mismo.

De modo que lo terreno soy yo, y a la vez, lo eterno. Porque siempre que hay mirada hay mundo, y siempre que hay mundo hay mirada. Pero si no hay mirada, no hay mundo. La mirada, fenómeno interno del mundo, me lleva hacia afuera, hacia el fenómeno externo del mundo.

Otra vez, la mirada no sólo es el vehículo que me transporta. La mirada es la fuente de las burbujas humanas, la conservación del pasado y la fuente del futuro.

Se vuelve ineludible a esta altura preguntarse ¿qué es la mirada?

La mirada es paisaje

La respuesta canónica que se dispara desde la coherencia doctrinaria nos lleva a mentar una estructura: la estructura mirada/paisaje. Y así, nuestra mirada sale disparada otra vez hacia afuera, hacia un afuera ilimitado porque pareciendo tan definitoria, esa noción no limita nada. Más precisamente, no ubica nada, que eso es definir: mostrar los lindes conceptuales que nos refieren a los linderos. Así ¿dónde se ubica la noción mirada/paisaje?

Dejemos la aparente teoría. Si busco suelo firme no puedo conformarme con una idea que convoca más sentimientos que evidencia.

Volvamos al aparentemente vagoroso sesgo que traíamos. Alguna vez propuse que la conciencia es el punto de fricción del universo en su transcurso, en su paso del pasado al

futuro, o en su transformación temporal. Lo que era, ya no es y lo que será, todavía no es, pero eso que es mutante, es uno y lo mismo. Claro, es el caso del universo con su fascinante diversidad (uniforme, agregaría: fuego por donde se lo mire).

Dije antes que la mirada es vehículo. Agrego ¿qué es la conciencia sino la mirada del observador?

Y esa mirada, para el observador, no es lo que mira sino el paisaje. Que es lo mismo.

Pero si el observador “tiene” una conciencia y la conciencia es mirada ¿no es el observador la misma mirada? En términos de pizarrón, de acuerdo al punto de vista externo en el que nos hemos criado, sí, claro. El observador “tiene” una mirada (o muchas). Pero ajustemos, el observador no “tiene” una conciencia porque tan relevante es ésta que conciencia es lo que constituye al mismo observador. Por tanto, el observador es conciencia. Por tanto, el observador es mirada. Sí.

Visto desde afuera, mejor dicho, concebido desde afuera, visto en el pizarrón, negro sobre blanco, punto de vista de la tercera persona, etc. Pero para el observador -en la realidad, en la actualidad de su ser observador, en su vivencia, o sea *para él*- no es mirada la mirada, porque no se está mirando a sí mismo espontáneamente, sino que constantemente mira algo que él no es. Por tanto, en la actualidad de su vivencia, en la operatividad de su conciencia, para el observador la mirada es paisaje. Porque él, repito, no ve la mirada sino lo que no es él, el paisaje. Se vive en el paisaje y es merced al paisaje que, en su espontaneidad, se vive observando y puede concebir una mirada que determina ese paisaje. Distinto es el caso cuando sale de su espontaneidad y reflexiona. Ahí podrá volver sobre las imágenes que componen su mirada, pero tampoco podrá verla, del mismo modo que no puede verse, sino escorzadamente, parcialmente, porque el observador, en tanto sujeto, no existe como objeto, carece de unidad como lo observado en la observación. Pero sí tiene unidad la imagen que de sí compone para poder reunir y dar coherencia a la diversidad de los fenómenos que puede observar en sí mismo.

Pero, esto, necesario se hace repetirlo hasta el infinito, *no es él mismo sino lo que de sí imagina*.

En este punto es preciso detenerse.

Percepción y representación

Las sensaciones no existen por sí mismas. Es la conciencia la que estructura en imagen lo que los sentidos censan y memoria estructura a través del reconocimiento. Esa imagen compuesta por el material que aportan los sentidos y cualifica memoria, es la percepción. Cuando percibo, simultáneamente reconozco y a partir del re-conocimiento funciona el mecanismo asociativo.

La representación se forma concomitando con la percepción a partir de los datos de sentidos pero inmediatamente reemplaza lo percibido y las operaciones de conciencia tienden a continuar tomando como objeto lo representado. Volver a lo percibido exige una intención deliberada, cierto esfuerzo atencional sin el cual lo asociativo se impone inevitablemente. “Despejar” la percepción con el mirar es un acto deliberado.

He aquí el bioma en acción, la zona de fricción entre el afuera y el adentro, entre los sentidos y la memoria, la interacción íntima entre conciencia y mundo. En este terreno volátil se juega la vida. La vida que vivo puede derramarse en la situación a través de mi acción o congelarse en mi pensamiento, dicho en términos muy groseros.

El objeto está sujeto a contingencias propias de su sistema de pertenencia, determinado por lo natural mecánico. Pero su representación queda sujeta a mecanismos de asociación que rigen la experiencia espontánea del observador. Aquí está la raíz de dos dominios: por un lado, lo perceptual, condicionado por el dato de sentidos e indirectamente por lo material; por el otro lado, lo imaginario con su carga de sentido,

condicionado por la memoria e imponiendo sus condiciones (filtros) a la percepción. La composición final que haga conciencia será lo que según su experiencia puede procesar. En términos alegóricos, será lo que puede digerir según la capacidad que le da su experiencia previa, su memoria.

Lo percibido, el "objeto" también es imagen, aunque esté determinado por el medio al que pertenecen los estímulos que lo provocan, las condiciones del mundo material o "leyes" naturales. Su independencia del observador es definitoria y está dada por un dato sensorial discriminador: el que da cuenta de la actividad de los sentidos. En otros términos, la percepción externa está compuesta por los datos de sentidos externos y los de sentidos internos que informan la presencia activa de los órganos sensoriales. La independencia del objeto está dada por la percepción del límite corporal del observador, que integra el complejo de imágenes sensoriales configurado a partir del trabajo de los sentidos.

En cambio, la representación del objeto es una imagen propiamente dicha: sobre la base de los materiales de sentidos pero sin el componente del dato del límite corporal, surge desde memoria ya en el canal asociativo. Aún cuando su figura y condiciones perceptuales estén determinadas por lo percibido, es primariamente imagen y su condición es la dependencia de la dinámica de conciencia, o sea de lo que yo quiera hacer con ella. Así, la representación se convierte en representante del objeto externo y su fidelidad depende de mí.

La diferencia funcional está en la ausencia del dato que da cuenta de la actividad sensorial. Este dato pone un condicionamiento natural que juega como límite de las variaciones imaginarias que puedo imponer al objeto externo. Sin ese dato, "el objeto" queda a merced de los mecanismos asociativos de los procesos de conciencia, que vaga e imprecisamente fueron nombrados clásicamente como "la voluntad" del sujeto. Las relaciones que se entablen según similitud, contigüidad y contraste, serán las determinantes en el proceso del pensamiento, y la fidelidad a lo externo dependerá de mi deliberada atención. Detalle que condicionará la eficacia de mi acción, si fuera el caso.

O sea que, perciba lo que perciba, *la condición del objeto imaginado será lo que pienso*. Antes de percibir he pensado y después, también pienso. Porque imaginar es pensar, en un sentido amplio que incluye también los sentimientos, las voliciones, *todo lo que en mí se mueve en presencia del mundo*, lo que en mí co-gita como respuesta espontánea a la estimulación y me sitúa espontáneamente como *paciente o afectado* (objeto de afecciones o afectos) por la situación que vivo.

Esta zona de fricción de mi experiencia es voluble desde el punto de vista del objeto, que se ve expuesto a las variaciones de sentido según la asociación que prime. Se verá contaminado por objetos afines, diferenciado de los contiguos y rechazado (o rechazará) los contrarios. Y el mismo objeto podrá variar su sentido según sea la valoración que de él se haga por la asociación con un complejo de imágenes u otro.

Pero también, esta zona es cambiante, volátil, porque lo imaginario no sólo está sujeto a las relaciones sino a la dinámica que imponen las relaciones, llegando a sustituir por asociación al mismo objeto en una cadena de sentido que puede ir modificando el paisaje hasta su desaparición, considerado en términos de su configuración inicial.

De modo que *la fidelidad de la representación al objeto representado es condición básica de la consistencia del pensamiento*. El pensamiento no tiene cómo remedar la falta de información. Pero la imaginación, sí. La ausencia de un dato es completada espontáneamente por la imaginación. Y ésa es una de las fuentes de falseamiento de los procesos de pensamiento.

Por último, en esta coalescencia entre la imagen y el estímulo sensorial está también la referencia al que vive, o sea yo, que como efecto instantáneo de retroalimentación frente a la presencia de cada objeto, soy afectado por esa volubilidad impuesta por la espontaneidad asociativa.

Y todo esto nos lleva a la pregunta inicial por el significado.

Toda significación es representación

La percepción (la imagen perceptual) es presentación del objeto en el campo de conciencia. Lo percibido determina el pensamiento de manera primaria y elemental. Lo perceptual es base material y por tanto, fundamento del pensamiento. Esa determinación del pensamiento por lo percibido es lo que permite afirmar que la representación (la imagen propiamente dicha) es re-presentación.

Esto, claro queda, está dicho desde el punto de vista “del objeto”. Esta expresión figurada es una de las tantas gracias del discurso teórico, que permite atribuir al objeto la capacidad de visión.

Pero, desde el punto de vista del sujeto, desde la vivencia del observador *toda re-presentación es también una presentación*. Un objeto representado dispara los mismos procesos de asociación, sensación y sentimiento que el objeto presentado. La diferencia de campo de presentación –el perceptual externo o el interno- pone de resalto que el campo de vivencia (para homologar al sujeto con el campo objetual) es unitario. Yo siento lo mismo frente a una situación percibida que frente a la misma pero imaginada. Serán las sensaciones y la intensidad de la estimulación de lo presente lo que marque la diferencia... hasta que las correntadas internas muestren a través de sus mutaciones, la diferencia de lo imaginado frente a la inmutabilidad de lo percibido.

De los procesos de pensamiento que se disparan frente al objeto percibido, el primero, que resulta ser base del resto, es la representación que se configura simultáneamente a la percepción. Espontáneamente, eso es lo que yo vivo. Lo que percibo aparece encuadrado en un marco de pensamientos copresentes que pueden ir desde la fantasía más disparatada a las consideraciones más objetivas que pueda hacer. Pero son pensamientos.

De modo que es “el objeto” *la presencia que cuenta para el observador, mejor dicho, para el sujeto*. Y no se repara tanto en si su presencia es perceptual o imaginaria. Porque para mí, mi tía es mi tía, sea que esté con ella o que la recuerde. Es más, seguramente es más imaginada que percibida, en términos de realidad compartida.

De modo que el sujeto piensa en torno a la representación. Espontáneamente, la percepción es un momento en los procesos de conciencia del sujeto, que se ve dominado constantemente por lo que piensa, esto es, por lo que cree.

Y esto que cree –yo- está en la base de esa representación que presenta aquello en lo que creo, o sea, en la base de toda representación está esa representación que soy yo.

De modo que yo pensador, o sea, mi pensamiento, está actuando siempre, antes y después de la presentación del objeto. De manera tal que aquello que dije arriba sobre que el pensamiento es “el primero” de los procesos, es una mera figura teórica para analizar un momento del pensar. No hay un momento primero porque la dinámica de mi pensar es mi ser y la cadena del pensar se pierde en el útero de mi madre, antes de que mi tiempo comenzara a contar.

Así que, en materia de condicionamientos, antes de que yo “existiera”, antes del primer efecto de retroalimentación sensorial (si eso fuera posible de determinar), estaba mi cuerpo.

El cuerpo pesa

La masa de necesidades y deseos es lo que moviliza mi comportamiento, orientándome en el paisaje para satisfacerlos. Para eso, determinan la selección de los pensamientos

copresentes. Pero lo que opera la orientación son las imágenes que desde la copresencia más o menos manifiesta, marcan la dirección que surge desde el sentido. Lo que me interesa, eso que inter-est o está entre, provoca la selección del objeto, configurando el filtro perceptual. Ese interés tiene peso.

Volviendo al origen latino de nuestro vocabulario, una de las acepciones del verbo *pensare* es “pesar”. Si lo vemos desde el punto de vista de las medidas que sugiere esa acepción, los pensamientos copresentes sirven de filtro o referencia. Ese pesar el objeto es el valorar. El hábito de pensar espontáneamente cubre la necesidad básica de evaluar la situación que vivo, cuando menos, para elegir.

La abrumadora mayoría de mis valoraciones están fundadas en el cuerpo. Hasta las más “elevadas”, como las que se relacionan con el prestigio, tienen por referencia a mi cuerpo para ubicar su imagen en situaciones idealizadas.

De modo que es el cuerpo el que provee los sentidos de las cosas o, más abstractamente, es la base del sentido que determina la valoración del mundo. Sin dejar de tomar en cuenta que “el” sentido de las cosas, en el sentido de síntesis que tiene ese término, es una memoria residual cenestésica del producto interactivo de los sentidos externos e internos, eso que con simpleza llamamos experiencia y que antiguamente denominaban “sentido común”.

Así, no son los valores lo que determina mi elección sino el sentido que los funda. Lo que las cosas significan para mí.

Los significados no me son ajenos

Lo que tiene sentido para mí, digo que tiene “significado”. Ya una vez operada la selección de experiencia, lo significado en el discurso es lo que tiene sentido. Y aquí, discurso no es el verbal, sino el imaginario. El habla o discurso verbal es la actividad vocal que refleja el curso de los pensamientos, que es donde se procesa el sentido que expresan las palabras, evocando éstas los significados que refieren y que, en caso de experiencias compartidas, cumplen con la necesidad de comunicación.

De modo que el lenguaje es la codificación de los sentidos del mundo para comunicarlos, y tiene sentido dentro de los límites de la comunidad que los comparte. Pero antes de ser compartidos y antes de su codificación, esos sentidos han sido creados. Esto es una fantasía teorizante porque el momento en que aparecieron los sentidos expresados es seguramente muy anterior a la configuración del lenguaje. Y es imposible determinar qué fue primero, si la palabra o la imagen que nombrando, da sentido. Pero lo cierto y verificable es que las variaciones que un sentido puede tener para un individuo, la “personalización” de un sentido, no encuentra expresión adecuada en el lenguaje sancionado socialmente y para poder expresar ese especial matiz se hace necesario recurrir a precisiones descriptivas que permiten advertirlo. De modo que más allá o más acá del lenguaje o de la expresión verbal, hay un sentido que anida y discurre en las cadenas de imágenes, se expresa en ellas.

Las palabras son los nombres de los significados con que se asocian. La significación es ya la mención previa y silenciosa de la imagen, con ausencia de toda palabra. De modo que la significación es el acto de dar sentido al mundo, seleccionando los objetos por sus sentidos, correlacionándolos en términos de su operatividad en función de necesidades y deseos fundados en el cuerpo.

Retomando en este contexto lo dicho, la representación se nutre de la percepción pero es, a su vez, una presentación, cuando significa. En tanto significación, la representación no opera como representante, como sustituto o reemplazo del objeto, sino como trazadora que lo busca. Es la conciencia la que significa, desde este punto de vista. La significación es el mecanismo de la dinámica del sentido.

La conciencia no busca el objeto por sí mismo sino por su significado, por lo que evoca en la conciencia, que es lo que provoca su búsqueda. Esto es, la presencia no importa por sí sino en función de la copresencia que la provoca.

Así, lo percibido *llena* la significación pero ésta *la desborda* con el significado.

“La conciencia infiere más de lo que percibe” significa que la representación *presenta* más información que la que porta lo percibido. Porque la significación es siempre representación que busca completarse con la percepción.

Por eso, si no hay dato perceptual, la conciencia fuerza el cumplimiento de la significación supliendo el dato con la imaginación.

De modo que *los significados no están afuera de la conciencia*.

Jamás.

Lógica y biografía

La prioridad del pensamiento, de mi creencia por sobre la percepción, es lo que da base en el plano abstractivo, a la significación.

La significación es un acto de representación.

Desde antiguo, el dominio del pensar fue territorio de la Lógica. Las representaciones y su dinámica fueron cuestiones lógicas hasta que sobrevino el desguace de la Filosofía a manos de las ciencias. Fue cuando las representaciones perdieron su estatus lógico al ser tomadas como fenómenos mensurables y luego, en función de la dinámica de sus contenidos, no de las relaciones que podía trabarse operativamente entre ellas según los principios lógicos.

La Lógica se desencarnó y se internó en las abstracciones, ocupándose cada vez más de cuestiones formales que le hicieron perder pie en el terreno que se suponía debía regir: el pensamiento aplicado. Las ciencias empíricas se lo arrebataron.

Y los fenómenos biográficos pasaron a ser el nuevo objeto de la naciente Psicología, con lo que las representaciones perdieron su calidad de imágenes para convertirse en representantes de supuestos significados inconcientes, según las tópicas psicoanalíticas. El sujeto pasó a ser en tanto “el yo”, un objeto condicionado por tendencias ocultas pero descifrables.

De modo que si se trata de ganar en autonomía, hay que volver a encarnar ese “el yo” en un yo operativo frente a la experiencia propia. Claro está que entendida la experiencia en términos de que *lo interno es parte de lo conciente*, ya que en tanto copresente puede hacerse presente con un simple cambio de dirección de la mirada.

De modo que hay que volver a contemplar el pensar como una actividad de orientación que necesita de ciertas reglas, de una lógica. Entonces, se trata de devolver a la Lógica lo psicológico que le corresponde –las representaciones- y dejarle a la Psicología lo que le es propio: el estudio de los condicionamientos de los argumentos y desarrollo de la biografía, el estudio de las figuras que el sujeto va asumiendo en su vida.

Aquí, el deslinde entre percepción y representación es la interfase entre lo psicológico y lo lógico, que son dos dominios distintos, con mecanismos distintos de funcionamiento. El primero se ocupa de las determinaciones de sentido en tanto configuraciones biográficas que pivotean en el cuerpo (necesidades, sistemas de tensiones, ideaciones, etc). El segundo se ocupará de las posibilidades y límites de las representaciones como tales, desprovistas de su contenido biográfico. O sea, interesan las representaciones como representaciones, no por lo representado, que impone asociaciones determinadas por los atributos de sus contenidos.

Por sí mismas, las representaciones son imágenes y como tales, necesitan el tratamiento que les corresponde.

Y el primer deslinde que hay que tomar en cuenta es el ya destacado: una cosa es la percepción y otra, la representación. La percepción, como fenómeno, pertenece en su condicionamiento a la base corporal. Por su lado, lo percibido pertenece al sistema de situación y sus condicionamientos naturales.

La representación, en cambio, tiene su dinámica propia en tanto imagen (desplazamientos, contracciones, expansiones, etc). Y esta dinámica propia diferencia a la imagen de la percepción, que está ligada a la base material del objeto externo, independiente de las operaciones que pueda desarrollar el sujeto.

Los deslices imaginarios

Este es el punto en que cerramos el amplio círculo que tracé partiendo del origen de mi experiencia.

Imaginación y percepción se presentan espontáneamente en el campo de conciencia de modo simultáneo, pero aquélla viene ya envolviendo y determinando a ésta con su campo de copresencia. De alguna manera, los objetos están puestos por la conciencia, no por el mundo, desde el punto de vista de su oposición.

Por la experiencia previa archivada en memoria, "el objeto" precede como representación al objeto que se presenta como percepción. Es la significación la que orienta la experiencia.

Lo percibido es un momento en la secuencia expectativa representada-percepción-proceso de lo percibido operando con su representación.

Esta secuencia la vivo espontáneamente como el proceso de mi deseo o del cumplimiento de mi necesidad, sin parar mientes en que se trata de un juego entre el pensamiento y la percepción. Es más, me capto pensando mientras estoy en el mundo y no lo relevo como una disfunción o anomalía. Es, más bien, mi normalidad. Como siempre pienso, no me doy cuenta que estoy pensando.

Al no darme cuenta que estoy pensando, mi mundo es el mundo que pienso, los objetos que necesito o deseo, son pensados más que percibidos, condicionado como estoy por mi pensamiento.

Esto es, que lo válido de lo percibido, que es aportar un punto de aplicación de mi acción, se diluye en manos de mi pensamiento.

La eficacia de mi acción, en términos de mi definición como sujeto y de la construcción de mi propia consistencia como referencia interna, se evapora en las nubes del pensamiento porque *toda percepción se vuelve representación* y una representación trae otra representación y así me deslizo inadvertidamente por la pendiente imaginaria.

Frente a eso, necesito devolverle al objeto su estatus de objeto, de algo que limita mi acción y desafía mi operación y para eso, tengo que separarlo de mi pensamiento. O sea, tengo que volver a percibirlo. En términos operativos, tengo que atender el objeto, apercibirlo. O más cotidianamente, tengo que *mirarlo*, devolverlo a su condición natural, espontánea, de eso-que-está-ahí, distinto de mí.

Si miro, no sólo recupero el objeto sino que recupero mi pensar como actividad dirigida y puedo reorientarlo, liberándolo de mis copresencias.

Mirar es mi posibilidad de asumir mi autonomía pero más que eso, de definir mis límites frente al objeto y al pensar.

En otros términos, *mirar es disolver las nubes del pensamiento*. Pero también, es encontrar el pensar mismo como objeto de aplicación.

Mirar es, también, representar, como todo acto de conciencia. Por tanto, mirar es elementalmente, significar. Un significar vacío o abierto, sin objeto que lo oriente.

Y en ese diferenciar que implica el mirar, lo que aparece, se presenta. Aparece como distinto del que mira. Pero, recíprocamente, pone como distinto al que mira. El simple

mirar sin búsqueda precisa, el mero significar alumbraba una región: la de la propia actividad. Al mirar, me asiento en el mirar y me despego de la mirada. Al mirar para descubrir en la dirección que miro, el paisaje se separa de la mirada y su carga significativa, los sentidos que porta. Y en esa separación de la carga, en esa suspensión de la actividad que provoca la copresencia, “lo mío” se desactiva.

El mirar vacío no me deja sin paisaje, simplemente, desactiva su sentido y así, abre el vacío... en la zona del punto de mira, dejándolo sin referencia, sin suelo, abriendo un nuevo horizonte.

Así, los significados profundos no sólo anidan en la conciencia y no afuera de ella, en el sentido de estar en la zona externa al cuerpo u opuesta al observador. Es que la “profundidad” no se mide en términos de atrás o adentro del observador, sino como “a los pies” del punto de mira que, como están en vacío, se ubican en todas direcciones.

De modo que *el camino a lo profundo está en el mismo caminar.*

La Reja, junio 25 de 2016

Significar es representar

La significación es la “vaina” de la realidad. En tanto previa a la percepción, precede al momento de la coincidencia entre lo significado y el objeto que menta. La significación se “llena de objeto”, pero del objeto que señala, previamente indicado en su materia. Y descarta todo dato que no coincida con ésta. Así, la materia de la significación –lo significado puro- y el objeto percibido en virtud de ella, son una y la misma cosa. En esa coincidencia el objeto se hace plenamente objeto, está él mismo en presencia, y la significación se cumple como tal.

Así concebida, la significación no existe. Es sólo una abstracción que resulta del análisis de la dinámica del conocimiento que, a su vez, es la abstracción de un momento de la acción: el de la orientación. Si bien el conocimiento ha sido el tema más desarrollado por los filósofos y luego por los científicos, no es más que un momento de un momento de la acción. Entendiendo por momento la detención de la atención sobre una sección de la representación conceptual del fenómeno de la acción.

Estos momentos pueden ser más o menos atendidos, más o menos trabajados, y es esta variedad de calidades resultantes lo que hace a las variedades posibles de la acción, desde el reflejo motriz en el que por necesidad no participa el intelecto, hasta la acción deliberada que resulta de un complejo proceso intencionado.

Entre estos extremos se encuentra mi vida, toma forma mi vida, se plasma mi biografía. Estas variedades surgen de las diferencias de intensidad en las actividades de mi cuerpo con sus infinitas combinaciones, aunque la rutina agrupe las repeticiones habituales en los roles que configuran mi personalidad. En esta vasta región de mi ser fenómeno domina el cuerpo, conectiva con el mundo, sustento de la acción.

Buenos Aires, julio 1 de 2016

La acción y lo humano son inescindibles. No puedo separar la acción de lo humano si quiero comprender qué soy, qué somos. Si quiero conocerme. Por condición necesaria tengo que pensarme en acción, y no puedo pensarme en acción si no me veo en acción.

Aún cuando reflexiono estoy en acción pero esa reflexión no puede culminar en un producto intelectual y desde ahí pretender reordenar la realidad. Antes necesito devolverlo a la dinámica de donde lo abstraí (expresión pariente de “extraí”, sí, de donde lo saqué). Si el concepto puede ser reinsertado, desde ese lugar ordena la realidad. De otro modo, queda en la esfera de la representación, aislado del proceso y aislando al operador.

Cuando un concepto se inserta en el proceso, significa de un modo plenario, ordenando las representaciones que, como imágenes servirán de polea de transmisión de la intención a la acción, movilizándola. Las representaciones en tanto imágenes perceptuales, movilizan el cuerpo, promueven la acción.

Los grados de eficacia variarán según el compromiso que despierten en el operador los significados en juego. Serán los intereses que lo motiven los que determinen ese compromiso: será el grado de conveniencia (cálculo intelectual), de necesidad (compromiso corporal) y de deseo (propósito vital), lo que matice la participación del operador en lo que hace a su sensibilidad y sus anhelos.

De modo que está el operador con sus intereses y en el otro extremo el mundo con sus promesas de cumplimiento para esos intereses. Un mundo de mil colores, los nombres del mundo que brotan del imaginario en acuerdo con otros imaginarios, archivándose en la memoria que los guarda para actualizarlos cuando la ocasión los convoca. El operador posee los nombres que le prometen mundo y el mundo, las sensaciones que promete al operador. En ese entrecruzamiento de nombres y sensaciones, en la búsqueda de cumplimiento de las expectativas, está la realidad. El instante presente, constante dinámica, variedad infinita que brota a cada momento para retirarse a la memoria. Y en cada complejo de nombres y sensaciones, yo. Todos los yoes que soy, actuales y pasados, y los que puedo ser, convocado por ellos.

Pero en la diversidad puedo abstraer una sola nota, un solo atributo que define lo real: la presencia. La presencia de la cosa misma, de la cosa que está allí por sí y en sí, para mí, cuya evidencia no puedo cuestionar, es lo que define lo real, lo que incuestionablemente es, más allá de mi volubilidad. Esa presencia me hace presente, y es en la reiteración del registro de mi propia referencia que gano mí mismo, consistencia. La del saberme y sentirme dirección tendida, siempre, a cada instante, más acá de los nombres y las sensaciones que cabalgan mi cuerpo.

Así que, para el mundo es el cuerpo y a la recíproca, el cuerpo para el mundo, portándome a través de mis variaciones, dándome ámbito para las mutaciones que traen los nombres y las sensaciones, para que pueda reconocer-me. Más acá de las formas que imponen esas formas, más acá del olvido que provoca el embeleso sensorial, si insisto, me encuentro para perderme, un nombre más entre los tantos que reclaman mis sensaciones.

En ese encuentro se insinúa la otra dirección, enzarzada en las presencias fantasmáticas de los nombres y la fascinación de sus sabores. Una dirección que anuncia otra presencia ¿otro mundo?

La significación es el carril por el que transcurre mi búsqueda, el trayecto que se va alumbrando cada vez que significo la significación, cuando mi intención se intersecta a sí misma. Generándose a sí misma, alimentándose de mí mismo, pariendo eso que no siendo soy.

Buenos Aires, julio 2 de 2016